

EL
ANGEL DEL HOGAR,

PÁGINAS DE LA FAMILIA.

Revista semanal de literatura, educacion, modas, teatros, salones y toda clase de labores de inmediata y reconocida utilidad.

EJEMPLOS MORALES, INSTRUCCION Y AGRADEABLE RECREO PARA LAS SEÑORITAS.

BAJO LA DIRECCION DE

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.



SUMARIO.

Hija, esposa y madre, (continuacion), por Maria del Pilar Sinués de Marco. — *En un album*, poesia, por doña Antonia Diaz de La-marque. — *Las Perlas*, (conclusion), por el Vizconde de San Javier. — *Los despos*, (conclusion), por Mr. Emilio Souvestre. — *El velo blanco*, por madame de Boisgontier. — *Revista de la semana*, por don Eusebio Blasco. — *Explicacion y aplicacion del figurin*, por Pamela. Con este número se reparte un figurin y el pliego diez del tomo quinto de la *Galeria de mujeres célebres*.

HIJA, ESPOSA Y MADRE.

CARTAS DEDICADAS A LA MUJER ACERCA DE SUS DEBERES PARA CON LA FAMILIA Y LA SOCIEDAD.

PARTE SEGUNDA.

ESPOSA.

(Continuacion).

XXVI.

OCTAVIO Á CAMILO.

Paris, junio de 18....

Sé fuerte, amigo mio: sé hombre, y muéstrate el ser superior que todos hemos reconocido en tí, y que yo he admirado y respetado mas que nadie.

El que se eleva sobre la multitud, viene á esta tierra de miserias con árdus deberes que cumplir: toda condicion elevada impone obligaciones: pero cuán grandes y terribles las impone la elevacion del alma! Camilo, hasta en tus faltas has sido siempre grande, y si ahora cometieras el delito de una seducccion, tan ruin como vulgar, no habria para tí, ni juez mas severo ni mas desapiadado verdugo que tú mismo: lo sé, y reconozco que esa ley para las almas grandes de las terribles compensaciones, es una de las leyes mas sábias del soberano regulador del cielo y de la tierra.

Ya ves, Camilo, que conociendo lo grande de tu mal, empleo un lenguaje grave: ya no du-

do de lo que sufres:—hé aquí, me dije con terror al acabar de leer tu última carta, hé aquí el primer amor de Camilo de Peñafiel!

Yo que tantas veces te he pedido y he recibido de tí consejo, no me atrevo ahora á aconsejarte: á pesar de estar velada tu razon por las sombras de un agudo dolor, aun le quedará bastante luz para guiarte: piensa en Clara: tu esposa tiene derecho á ser dichosa: no le robes la parte de dicha que está en tus manos.

Ademas, Camilo, ¿qué harías de tu inocente víctima, dejándote llevar de tu corazon? ni por un instante he dudado de que dominarias en el suyo si querias: pero hé aquí lo mas glorioso de tu triunfo: renuncias á un éxito seguro, y alcanzas la mayor de las victorias venciéndonos á tí mismo.

No es el verdadero valor el que se ostenta en los campos de batalla entre el estruendo de las descargas y el eco de los clarines: allí la sangre arde, la imaginacion se exalta: la vista de la sangre y el humo, los ayes de los heridos, y, sobre todo, el amor propio espuesto, hacen latir el corazon mas frio: lo grande, lo heróico, es estrujar su propio corazon en la soledad de su cuarto, estudiar la sonrisa y estender sobre la frente una falsa serenidad, cuando la borrasca ruge en el alma.

Pero tú eres capaz de todos los triunfos: ¿te acuerdas de aquella noche en que por salvar á la señorita Lireux de la cólera de su madre, te

hiciste una herida casi mortal? yo sí, y jamás se borrará de mi memoria.

Era una niña casquivana y loca que se enamoró de tí siendo tu vecina: vuestras casas daban á distintas calles: pero tu ventana, la ventana de aquel cuartito solitario donde te retirabas á trabajar, daba enfrente de las tuyas, al jardín de su casa.

Clementina Lireux era muy bonita: se apasionó de tí y te dió una cita y la llave de su jardinillo: ¡qué cartas te escribía tan románticas! ¿te acuerdas? ¡y con qué ortografía! llegaste al jardín una noche á las once y la niña bajó; pero así que había llegado á tu lado, ladró su perrito que la seguía, y su madre se asomó á una ventana del piso bajo: oyó ruido, vió el vestido blanco de su hija y se dirigió al jardín.

—¿Quién está ahí? exclamó con su terrible voz de bajo, porque Mme. Lireux, comerciante de guantes, era mas propensa á la cólera que un sargento de dragones.

Su hija permaneció quieta y muda.

—¿Quién es ese hombre? repitió.

Entonces, clavaste con heroico valor en tu pecho el cuchillo de caza de tu padre, que jamás abandonabas, sacándolo en seguida y envolviéndolo en tu pañuelo.

—Señera, dijiste luego: me hirieron y grité: la señorita me oyó, y tuvo la caridad de abrirme para darme algun socorro.

¡Oh, heroicidad sin ejemplo, tratándose de la honra de una guanterilla!

Mme. Lireux pidió luces, y te vió cubierto de sangre; pero reconociendo en tí al que creía un pobre pintor, y al que su hija miraba mas de lo que ella quería, y mas de lo que convenia á sus planes financieros, se contentó con mandar traerte un vaso de agua, y con enviar á buscar un coche que te llevase á tu casa.

La herida era tan grave, que permaneciste muchos dias entre la vida y la muerte: y cuando una noche en el esceso de mi dolor te reconvine, por tu sublime arrojo, recuerdo que me digiste;

—¿Qué me importa morir? al menos he salvado la honra de una mujer: muchos tienen la desgracia de morir por causas menos dignas, y sin haber sido en su vida útiles á nadie.

Y bien, mi Camilo; ¿qué no harás tú para salvar la honra de Mérida, si morias contento por Mlle. Lireux? todo lo espero de tí, porque sé tus ideas respecto á lo que se merece la mu-

jer en general, y algunas mujeres en particular; eres tú demasiado noble, digno y grande para descender á las miserias de un seductor vulgar; huye del peligro, ya que es tan inminente que todo tu valor no podrá vencerle quizá; yo te aconsejé que te acercaras al ídolo, creyendo que caería hecho polvo á tus piés; ahora veo que hay en él algo de divino, y te aconsejo que te alejes: vuelve al lado de tu mujer, al trabajo, á la modesta, pero grave obligacion, de hacer la dicha de toda una familia; tu tienes cerca de Clara grandes obligaciones que cumplir, habiéndote casado con ella solo por gratitud; ¡ah Camilo! que no sea tu nombre una limosna que has arrojado á esa pobre niña!

No quería aconsejarte, y sin embargo lo hago: y es que hay en la verdad tal fuerza, que, sin quererlo, se escapa de los lábios.

Valentina me ha escrito: como con ella he conservado—lo mismo que con todos—mi máscara de despreocupado y casi cínico, me participa con mucha gracia que está cerca de tí, en ese pueblo, y que su marido, se dedica á hacer la corte á tu esposa; qué locas y que necias son en lo general las mujeres! adoptamos para agradecerles la máscara del descaro y de la libertad, y ellas nos imitan muy contentas, ignorando que, detrás del hombre osado y galante, se oculta el amor á la virtud y al pudor, y que muchas veces solo queremos probarlas con nuestros alardes de libertinage.

El mas poderoso encanto de Mérida es para tí, y lo comprendo, su pura, serena y tranquila virtud, tan santa, tan digna y tan sencilla.

Adios, Camilo: vente á mi lado, á curar esa herida de tu alma, para que luego puedas volver junto á tu esposa, á la que debes proteger.

OCTAVIO.

(Se continuará.)

Maria del Pilar Sinués de Marco.

EN UN ALBUM.

LA ROSA.

El cielo te concede, flor galana,
Que al apacible rayo de la aurora
Extendiendo tus pétalos de grana
Reines en el pensil como señora.

Al elevar tu purpurina frente
Aurea corona resplandece en ella,

Y la estacion dulcísima y riente
Llámate de sus hijas la mas bella.

Mas no el aura que plácida te admira
Ensalza, oh flor, tan solo tu belleza,
Que entusiasmo y amor aun mas le inspira
De tu grato perfume la pureza.

Así al tender su remontado vuelo
Baña en tu seno sus ligeras alas,
Y ufana esparce por el ancho suelo
El aroma suavísimo que exhalas.

Y cuando inclinas la gallarda frente
Y acaba presurosa tu existencia,
Aun conducida por el manso ambiente
Puebla el espacio tu divina esencia.

Que imágen eres tú de la hermosura
Cediendo al tiempo que cruel la hiere,
Y tu fragancia delicada y pura
De la santa virtud que nunca muere.

Jóven, modesta flor que celebrada
Eres como la rosa purpurina,
De la inocencia y la virtud sagrada
Guarda siempre la esencia peregrina.

Que si el tiempo, al seguir su rauda vuelo,
Graba en tu frente sus temibles huellas,
Ambas te acogerán bajo su velo
Y eterno aplauso alcanzarás por ellas.

Antonia Diaz de Lamarque.

LAS PERLAS.

(Conclusion.)

En el golfo Pérsico solo se pescan dos veces al año las ostras-perlas, en la primavera y en el otoño, porque son las dos estaciones en que la enfermedad causa mas destrozo.

Entonces se reunen centenares, y aun algunas veces millares de canoas de pescadores, en cada una de las cuales hay uno ó dos buzos. Ancladas las barcas en los sitios donde se sabe hay rocas submarinas, y donde el agua tiene doce varas de profundidad, el buzo se ata al cuerpo una gran piedra y otra al pié, á fin de descender mas pronto al fondo del mar, y no ser arrastrado por la corriente. Una cuerda gruesa y fuerte, atada á la canoa por la otra punta, sirve para subirle cuando quiere tomar aliento.

Ya en el fondo, arranca las ostras-perlas que descubre, porque distingue con mucha facilidad los objetos que se hallan debajo del agua,

y coloca el producto de su pesca en una red atada al rededor del cuello. Luego que el pescador llena la red ó no puede respirar, mueve la cuerda, se agarra á ella con las dos manos, y los que se hallan en la barca le suben al momento. Muchas veces saca hasta quinientas ostras, pero en algunas ocasiones no llegan á cincuenta.

El agua de aquellas regiones, por lo regular, es muy clara, y esto permite á los pescadores distinguir todos los objetos que les rodean. Así es que cuando divisan algun pez carnívoro, un tiburón por ejemplo, agitan el agua para no ser vistos; pero á pesar de esta precaucion, muchos buzos perecen devorados, y otros suben con una pierna ó un brazo menos.

Cuando un buzo encuentra mas almejas de las que puede llevar de una vez, las reúne en un monton, sube para respirar y baja en seguida en busca de su tesoro; pero algunas veces este ha desaparecido, porque tambien hay ladrones en el fondo de los mares. Como las barcas están juntas, sucede con frecuencia que los buzos se encuentran en el fondo del agua, soliendo andar á cachetes cuando uno quiere quitar al otro el monton que ha reunido.

Como los habitantes de aquellas regiones se acostumbran desde la infancia á sumergirse y á retener la respiracion, adquieren gran habilidad en su ejercicio, y, segun ella, así son recompensados. No obstante, es tan penoso este trabajo, que solo se sumergen siete veces al dia, y algunos que quieren pescar mas que sus vecinos, se olvidan de respirar y se ahogan en el fondo del agua, ó vuelven arriba arrojando sangre por boca, ojos, narices y oídos.

Solo se puede pescar la ostra-perla antes del mediodia, de suerte, que cuando el mediodia se acerca, todos los barquichuelos se dirigen hácia la orilla, y los pescadores abren entonces en la playa muchos hoyos de bastante profundidad.

Con la arena que de ellos sacan, forman alrededor de los hoyos pequeñas colinas, y en ellas colocan las almejas recogidas. Como este animal solo puede vivir en el agua, perece inmediatamente, se abre la concha para no volver á cerrarse, y al momento empieza la descomposicion. Luego que se ha corrompido toda la carne, la perla se desprende de la almeja, y rueda al foso abierto á sus pies, teniendo cuidado los pescadores de quitarle la arena, y cualquiera otra suciedad que pueda cubrirla. En seguida las escogen, las casan segun su tamaño, y las ponen en venta.

Las perlas tienen la ventaja de que no hay necesidad de pulirlas, porque desde luego son bellas y brillantes. Hay mucho afán en falsificarlas, pero por lo regular se conoce la falsificación á la legua: las falsas no tienen el brillo mate que tienen las finas: el calor las descompone y se deshacen y rompen al apretarlas. En Roma y en Venecia hay varias fábricas de perlas falsas, y de ellas se hace gran comercio.

Hay una clase de perla muy estimada, que es la perla negra; para mí esta perla carece del mérito que algunas personas le quieren dar; es una degeneración de la perla blanca: aquí ha estado muy de moda, y la reina Isabel posee un collar compuesto de cincuenta y tres perlas negras de un grueso casi fabuloso.

Las perlas son, sin disputa ninguna, el adorno mas lindo de la mujer. Los romanos creían que era la alhaja mas preciosa y sencilla con que se engalanaban las matronas romanas. Entonces tenían una consideración inmensa, su coste era exorbitante, y para demostrar la riqueza y el lujo de Cleopatra, basta decir que en los convites que daba á Antonio, hacia disolver perlas en una copa de oro, para dárselas á beber y beberlas ella en su compañía. Es hasta donde se puede llevar la exageración de la riqueza y del lujo!...

El Vizconde de San Javier.

LOS DESEOS

POR

EMILIO SOUVESTRE.

(Conclusion.)

Antonio volvió á tomar el camino de la quinta completamente salvada. Así que llegó á ella, fué á reconocer de nuevo el terreno donde iban á verificarse las obras, distribuyéndolo todo desde luego para la mayor comodidad del servicio. La antigua entrada se hacia imposible segun el nuevo proyecto: era indispensable abrir un paso por medio del jardinillo; levantar dos cercos: rellenar una zanja, cuyas obras dijo que haria á sus espensas sin hablar de ellas á Mr. Favrol: pero esta disposición disminuía el terreno del jardinillo, ya reducido por la construcción del cobertizo, ocasionándole una pérdida cuya indemnización no debía negarle el propietario de la finca. Justamente existia un terreno perdido al otro lado del camino, y el bueno de Antonio

creyó que podía reclamarlo á título de compensación, y á este efecto se presentó en casa de Mr. Favrol, pero bajo el pretexto de saber en qué época empezarian las reformas proyectadas.

—Vamos, amigo Antonio, dijo al verle el propietario; se me figura que ya estareis contento.

—Los pobres no tienen derecho á quejarse cuando el pan no les falta, respondió Antonio.

—Eso es un precepto de resignación cristiana, repuso Mr. Favrol; pero creo, Antonio, que teneis otros motivos de satisfacción. No os he concedido cuanto me habeis pedido?

—Yo se lo agradezco mucho á mi amo, dijo con frialdad el arrendador; pero mi amo sabe que los labradores viven del producto de la tierra, y que si se les quita un pedazo de ella, es lo mismo que si se les quitara un pedazo de pan.

—Pero quién piensa en quitaros nada? preguntó Mr. Favrol.

—Perdonadme, dijo Antonio algo confuso, pero la granja y el paso que es indispensable abrir ahora para llegar á esta, me comen una parte del jardinillo. Yo, francamente, no he nacido para quejarme, pero si fuérais tan bueno que me dejárais cultivar el escrúpulo de tierra que está en frente de la quinta, yo me podría indemnizar...

—Muy bien!... repuso Mr. Favrol mirando á Antonio; á mi me parece que ese *escrúpulo* de tierra, segun decís, tiene muy cerca de una fanega.

—Yo no lo podría asegurar á punto fijo, replicó Lireux haciéndose el inocente, no la he medido jamás, pero tenga lo que tenga, yo creo que sería alguna cosa para un pobre, mientras que para vos es una cosa despreciable.

—Vamos poco á poco, dijo el propietario, que es preciso que ajustemos ya una cuenta. Aquí teneis la nota de lo que sucesivamente me habeis pedido, cuyo importe asciende á dos mil cuatrocientos treinta francos.

Añadamos ahora la fanega de tierra que solicitais, y esta cifra subirá á muy cerca de tres mil quinientos francos de deseos, satisfechos en menos de un mes. Segun este cálculo, sería preciso para contentar á un pobre, como vos, tener cuarenta mil libras de renta; esto es, el doble de la que yo poseo; y todavia no seriais feliz, Antonio, porque despues de la promesa hecha al otorgaros la reforma del techo de vuestra casa, habeis pasado de deseo en deseo, y habeis vivido



siempre tan inquieto y tan descontento como antes. Ya lo veis, de nada sirve la riqueza para el que no sabe ajustar sus impulsos á lo que posée. Los antiguos hablaban de las hijas de un rey que estaban condenadas á llenar en los infiernos un tonel sin fondo; y esto es precisamente lo que intentais hacer, amigo Antonio. La felicidad, en pos de la cual correis en vano desde vuestros primeros años, no se encuentra en donde os habeis imaginado: la felicidad no existe en la riqueza, ni en el poder, ni en nada de lo que nos rodea: Dios la ha colocado mas cerca de nosotros: *Dios la ha colocado en nosotros mismos.*

(Traduccion).

José Marco.

EL VELO BLANCO.

—
—
POR
MADAME DE BOISGONTIER.
—
—

I.

Era una fresca y alegre mañana de marzo.

En uno de los lujosos almacenes del Louvre, un comerciante esponia, ayudado de sus dependientes, algunas telas en los escaparates, como cebo de los transeuntes del bello sexo madrugador en París, donde el tiempo se estima en su verdadero valor.

Eran poco mas de las ocho: algunas señoras pasaban á sus negocios ó á sus compras, vestidas con trajes oscuros y modestos, y con los velos de sus sombreros caidos sobre el rostro.

El comerciante dejó á sus dependientes formar graciosos y estudiados pliegues con las piezas de moiré, de raso y de brocado: les permitió estender á su sabor los ricos encages: y despues tomó con un cuidado casi religioso una pieza de muselina, y la espuso por sí mismo en el sitio de preferencia.

Era una tela deliciosa: blanca como un copo de nieve, ligera como el álito de una niña, diáfana como las nubes que rodean á la luna: el comerciante la colocó con una especie de respeto: con ese respeto que inspira todo lo que es á la vez frágil y encantador: dispuso sus pliegues con maestria, entre las sombras del terciopelo y los tornasoles de los encages, y la volvió hácia la luz todo lo posible, para que luciese todos sus encantos á los ojos de los inteligentes.

Pero á medida que su admiracion crecia, la

marca de fábrica le parecia indigna de esta obra maestra del trabajo humano, y tomando una pluma, la subió por dos veces despues de mirarla. No se puede decir dónde se hubiera detenido esta marcha ascendente, si dos damas no hubieran llegado en el instante en que el ligero tegido empezaba á agitarse, sublevado por una corriente de aire que no hubiera bastado á mover una pluma.

Heridas de una sorpresa igual, las dos damas se aproximaron espontáneamente á la maravillosa tela, y un mismo y violento deseo las sobrecogió: miráronse de repente la una á la otra, á la manera con que se mirarian dos abejas que se encontrasen sobre los pétalos de una azucena perfumada.

—Yo la tomo! yo la tomo toda! no quiero ceder ni un pedacito! yo pretendo ser sola á poseer ese tesoro! significaban sus miradas.

Entonces bajaron á la vez sobre la pieza de muselina un par de guantes de Suecia y otro par mas modesto, color gris, de lino.

Si una sola persona pudiese tener cuatro manos con guantes, la accion de aquellas no hubiera sido mas idéntica; las cuatro manos que se posaron sobre la muselina, como para adquirir el derecho de primeras poseedoras, eran pequeñas, y tenian una accion delicada, que no significa por cierto que no tuviesen fuertemente lo que habian asido.

Encima de uno de los guantes grises, se enrollaba una serpiente de oro con un ojo de esmeralda casi tan brillante y fascinador, como los de la serpiente que hace caer á las palomas de lo alto de las nubes.

La señora de los guantes de Suecia no llevaba ninguna joya.

Continuando el exámen de las dos personas á las cuales pertenecian los guantes susodichos, era fácil notar que la misma diferencia proseguia en su modo de vestir. La una iba envuelta en una cachemira; la otra llevaba un modesto paletot de tela carmelita.

—Caballero, dijeron al mismo tiempo las dos damas, entrando en la tienda y dirigiéndose al comerciante, que las miraba sonriéndose; yo quiero esta pieza toda entera, cualquiera que sea su grandor y su precio.

Este pequeño discurso, escapado de dos bocas, parecia no provenir mas que de una sola, tan unánime habia sido el sentimiento que lo habia dictado.

Interrogado con la mirada por sus dos clien-

tes, el comerciante se inclinó, sonrió y escuchó.
—Caballero, observó la primera la dama de los guantes grises: yo doblo el precio de esta muselina, sea el que quiera.

El comerciante suspiró, llástimándose en su interior de haber usado mucha moderación en la etiqueta de la tela.

El precio de venta, que había marcado, no le dejaba más que un beneficio de ciento cincuenta por ciento!

—Yo le triplico, repuso tranquilamente la dama de los guantes de Suecia.

El comerciante se enderezó atento detrás de su escritorio de encina, presintiendo que iba a suceder allí alguna cosa interesante para su caja.

—Yo le cuaduplico! exclamó la dama del brazaletes.

—Yo añado veinticinco por ciento á lo que ofrezca la señora, dijo la otra.

—Y yo, cincuenta, replicó la de la cachemira.

—Y yo cincuenta y cinco!

—Y yo setenta y cinco!

—Y yo ciento! dijo la señora del abrigo carmelita, no sin alguna vehemencia y mostrando una muy viva emoción.

Este precio era fabuloso, era disparatado: pero para el que haya asistido alguna vez á una venta en subasta, no parecerá extraordinario, por extravagante que fuese.

Al oír la puja de su competidora, la dama de los guantes grises tuvo un violento deseo de no detenerse allí: el comerciante esperó que aun subiría: pero la dama, después de un terrible combate interior y mordiéndose los labios á fin de impedirse hablar, hizo á la otra una reverencia irónica, y se retiró, abandonándole la muselina codiciada y una factura de 1.149 francos 10 céntimos á pagar, que le presentaba el comerciante.

Pensando menos en este total exagerado que en el placer de poseer la preciosa muselina, Mme. de Mérande volvió á subir en su cupé, mientras una calea se llevaba á la otra dama vencida y á su despecho.

—Por cierto, pensaba el comerciante una vez terminado este buen negocio: no hubiera yo creído jamás que esa señora del paletot carmelita tuviese en su bolsillito tanto dinero para arrojarlo al aire.

(Traducción).

(Se continuará).

María del Pilar Sinués de Marco.

REVISTA DE LA SEMANA.

El Escorial. — *La Libertad y El Criterio*. — Trapos y vendas. — Debut de una gran artista. — Qué calor! — Paseos y diversiones. — Disderi se vá — Obra en prensa. — Treinta y siete perritos.

Dos de mis mejores amigos, que están haciendo días en el Escorial, me escribieron anteayer lo siguiente. «Ven pronto á nuestro lado: la animación que este año se nota aquí es tan grande, que cuanto dijéramos para describirtela sería pálido. Aquí hay niñas bonitas, mamás condescendientes, militares galantes, paisanos alegres. Hemos dado un baile, al cual han asistido las primeras bellezas de la corte, lo cual te probará que las primeras bellezas de la corte están aquí. El tiempo es muy bueno, y sobre todo fresco. Estamos frescos. Ven y no tardes.»

Yo no he podido aceptar la invitación de mis amigos; pero en cambio doy publicidad á la carta que me han dirigido, por si alguna de mis lectoras quiere participar del fresco y de la alegría que reinan en el Escorial este verano.

El Escorial, no hay que dudarlo, es mas agradable que la Granja, por mas que no sea tan bonito. Hay allí una gravedad que encanta, y cuando uno busca la soledad, parece que la soledad se adelanta á recibirle en los brazos. La maravilla de Felipe II ofrece al viajero grato descanso y amena sombra, y la naturaleza y el arte, vestidos de gala, pero sin afectación ni exhuberancia de colorines, asemejan querer armonizar las severas costumbres de otros siglos con el carácter franco del presente. Los melancólicos prefieren el Escorial á cualquier otro sitio de verano. Los amantes.... pero callemos. ¿No sería fácil que alguno se diera por aludido?

Pasando á otros puntos que hay que tocar en esta desdichada crónica, no puedo menos de participar á mis lectoras la triste noticia de dos fallecimientos. No hay que asustarse, empero. Se trata, no de personas, sino de dos periódicos. *La Libertad y El Criterio*.

¡*La Libertad* ha muerto! Qué dirán á esto los liberales? Triste es, en verdad, la noticia, pero me lo parece mas la de la muerte del *Criterio*. ¿Quién podrá dejarme por embustero si aseguro que no hay *criterio* en España?

A propósito de periódicos, recuerdo una súplica que en muchos de ellos he visto estampada, y que segun yo creo, debe dirigirse en particular al bello sexo.

En la casa de Socorro de la plazuela del

Progreso, se necesitan hilas y trapos para curar á los enfermos, y se desea que el vecindario haga una obra de caridad en pro de las víctimas.

La caridad, que siempre es bella, me lo parece mucho mas cuando es la mujer quien la ejerce. La noble tarea á que indirecta, ó directamente, invito á Vds. al darles la anterior nueva, ha de parecer muy agradable á los ojos de Dios y á los del mundo. Mejor quisiera encontrar á una niña haciendo hilas para los enfermos, que bordando unas chinelas de mil delicados colores. Recuerdo con placer aquella época en que nuestros bravos soldados ganaban batallas en Guad-el-Jelá y Sierra Bullones á costa de su sangre, mientras las hermosas hijas de España se ocupaban en preparar los apósitos y vendajes para curar á los mártires de aquella grande empresa. Entonces, todas las mujeres parecían hermosas. ¿Quieren Vds. repetir ahora unos motivos de aquel gran concertante?

Y basta de trapos, antes de que haya quien suelte el suyo. Que nunca faltan gentes que se rian de la caridad bien entendida.

El martes se presentó por primera vez en el teatro de los Campos una *prima donna*, cuya reputacion y fama le garantizaban desde luego un gran éxito en Madrid. En efecto, el éxito fué feliz para la artista, ó por otro nombre, madame Lagrua. Y el triunfo escénico [que adquirió en la noche, es tanto mas espontáneo y meritorio, cuanto que hizo su *debut* con una ópera de la cual dejó gratísimos recuerdos en Madrid otra triple no menos celebrada. *Norma* fué admirablemente interpretada por Mad. Lagrua. Mis lectoras deben oirla.

Hablemos del tiempo. ¿No es verdad que el calor de Julio en Madrid es insoportable? Hay para sofocarse. Solamente haciéndose uno la ilusion de que tiene muchísimo frio, puede vivir con tranquilidad en este infierno. Salir á las tres de la tarde por esas calles, es lo mismo que tomar un baño ruso. Las tempestades van siendo artículo de lujo, y á veces se me ocurre preguntar aquello de ¿para cuándo son los rayos? Reniego de mi carácter, ó mejor dicho, reniego del carácter de todo el mundo. No hace cuatro meses que decíamos todos: ¡Cuándo llegará el verano! Ahora decimos con vivo deseo: ¡Cuándo tendremos el invierno encima! Así se pasa el año, deseando las gentes lo que no tienen y esperando aquello de que han de maldecir mas tarde.

El verano, en Madrid, es aceptable tan solo por la noche. Las noches de esta villa son deliciosas. Si el Circo ó los Campos no bastan para hacer olvidar el calor, ahí están los jardines de Recoletos, donde con un poco de paciencia y otro poco de polvo, puede uno ahogarse en diez minutos, sin mas que arrojarle en aquel torbellino de gentes que se figuran que pasean.

En el Circo del Príncipe Alfonso se ha presentado Mme. Pietrópolis, una amazona que tiene algo de la flexibilidad de su esposo, y mucho de la valentia de la niña Boorn. El público la ha aplaudido.

Se anuncia la publicacion de una obra titulada: *Moisés, Homero y Cervantes*, ó el libro de Dios, el libro de los héroes, y el libro de los hombres. El título promete.

Mr. Disderi, el fotógrafo *fashionable*, va á partir de Madrid muy pronto. Aprovechen la ocasion las niñas bonitas, y logren que cuando el fotógrafo parisien presente en París su coleccion de bustos españoles, los franceses sientan deseos de visitar el país de las mujeres hermosas.

Recuerdan mis lectoras el final de mi anterior revista? Era una historia de perros. Pues bien, hoy tengo que concluir con otra perrada.

Ha muerto en Madrid una señora que ha dejado por única familia *treinta y siete perros*, encomendados al cuidado de una buena mujer que debe en término de un año mantenerlos con la debida decencia y regalarlos á las personas que sean aficionadas al género, ó mejor dicho, á la raza.

Despues de oir esto, no debemos asombrarnos de muchas cosas que suceden en Inglaterra.

Eusebio Blasco.

ESPLICACION Y APLICACION DEL FIGURÍN.

Trajes de teatro y de sociedad.

Aunque con el invierno desaparece la época, en que estos trajes hacen su principal papel, las damas, verdaderamente elegantes, llevan en sus equipos de viaje, en el estío, uno ó dos por lo menos: en todas las poblaciones donde se toman baños hay teatros; y además en los establecimientos de baños termale hay salon en el que se improvisa algun baile y concierto, en donde la vaporosa elegancia de la estacion despliega sus galas y sus encantadoras fantasías.

Con este objeto, damos el presente modelo, el mas elegante que se puede imaginar; sobre todo, los peinados son de una novedad deliciosa, y, al hacernos el envío, nos escriben de París que en los aristocráticos salones de Baden, Dieppe, Trouville y Boulogne, no se verán otros para las soirées, que de noche organizan los bañistas, entre los que figuran las princesas mas jóvenes y bellas de Europa, las verdaderas grandes damas rusas y las opulentas *Ladys* inglesas.

FIGURA 1.^a—Vestido de gasa de Chambery blanco, de dos faldas: en la primera y al final del falso, hay estampada una cenefa que figura una rama de coral.

La segunda, bastante larga, está recortada en ondas poco pronunciadas, repartiendo tres en cada paño, y orillado el borde por un bias de glasé punzó; en el centro del paño, va estampada otra rama grande de coral; cada costura se frunce ligeramente, y se levanta por medio de un racimo de lazadas de cinta estrecha, color de coral.

Cuerpo ligeramente fruncido que termina en el escote por un bias punzó, y lleva estampada una ramita de coral.

Mangas cortas y huecas, adornadas por una rama de lazadas de cinta.

Aderezo de coral.

Peinado *imperio* muy alto, sostenido por tres cintas de terciopelo punzó, que pasan entre los muchos rizos de que se compone.

Este peinado es todo postizo, pues hecho con el cabello propio, se estropearía este de un modo lastimoso y no quedaría bien.

Aconsejamos este traje á las señoritas jóvenes y morenas, por el color vivo de sus dibujos y accesorios.

FIGURA 2.^a—Falda de glasé blanco, guarnecida por delante con un volante estrecho, al que sirve de pié un escarolado de glasé azul.

Vestido de este último color y tela, de larga cola, y abierto por delante, dejando ver la falda blanca: este último traje está adornado al borde por un volante, sujeto por una sarta de cuentas blancas imitando perlas gruesas.

Cuerpo de talle redondo de glasé azul, adornado por un volante que forma berta, sujeto, como el de la falda, con una sarta de cuentas: del escote sale una camiseta de muselina blanca, por la que va pasado un terciopelo azul.

Mangas cortas de glasé blanco, cubiertas de

muselina, que forman un bullon, sostenido por cintas azules.

Aderezo de perlas, del que forma parte un cordón que ciñe el traje reemplazando al cinturón, y remata en dos borlas, despues de enlazarse por delante.

Abanico de nácar y gasa blanca.

Peinado *griego* atravesado por tres cintas azules de terciopelo.

Este traje es precioso para señora joven, y mas si es rubia.

Del peinado diremos lo que del anterior; se compone de postizos, que fabrica el peluquero, y que deben colocarse siguiendo el modelo.

FIG. 3.^a Vestido de gasa blanca de dos faldas; la primera, está listada de azul; la segunda, sembrada de lunares azules tambien.

Cuerpo escotado de dos petos, con berta formada por cinco volantitos de tul; lazos de cinta azul en los hombros.

Peinado de capricho, muy alto, sujeto por delante por dos órdenes de estrellas de brillantes, unidas por cadenitas de oro.

El collar y los brazaletes están formados por aros de oro semejando cintas tachonadas de brillantes.

Albornoz argelino de gasa con listas y borlas de oro.

Este traje, por su riqueza, es propio solamente para señora casada, pues las joyas, y sobre todo los brillantes, son impropios para las señoritas.

FIG. 4.^a Falda de tafetan blanco cubierta por otra de tul blanco tambien; cuerpo de tafetan drapeado de tul.

Peinado estilo antiguo, atravesado por dos cordones de yedra, que rematan en el lado derecho en un grupo de frutos de oro.

Albornoz de encage negro.

Este lindo y sencillo traje es propio para señorita muy joven.

Debemos advertir que todos estos trajes son de talle muy corto, y que esta es la moda vigente hoy en toda su rigor; nada hay en el dia mas anti-elegante, que un talle largo, y un peinado caído, ni mas distinguido, á la par que cómodo, para la estación presente, que un peinado alto, y el talle holgado y muy subido.

Pamela.

Por todo lo no firmado.

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Editor propietario, JOSÉ MARCO.

MADRID: 1865.—Imp. Española, Torija, 14.



Imp. Mariton.

654

LA FRANCE ÉLÉGANTE

Journal des Dames et des Salons

publié par la Société des Journaliers de Modes réunis.

On s'abonne au Bureau, rue S^{te} Anne, 64, à Paris.

Ayuntamiento de Madrid